

POR ASESINATO DE JOSE MANUEL PARADA

Un clarificador no

- Urge que el horrible triple degollamiento —como tantos otros crímenes de estos años— no quede sin sanción. En el cuarto aniversario de la muerte del trabajador de la Vicaría de la Solidaridad y sociólogo se reiteró el compromiso para que se haga justicia.
- Cómo se vivieron en la Vicaría esos angustiosos días entre el 29 y 31 de marzo de 1985, luego que José Manuel fuera secuestrado junto al profesor Manuel Guerrero desde las puertas de un colegio.
- El Vicario de la Solidaridad, Monseñor Sergio Valech, habla sobre la impunidad. Entrevista a la madre de José Manuel, señora María Maluenda.

La mayoría ignora los momentos de extrema ansiedad que se vivieron en el viejo edificio de Plaza de Armas 444, donde funciona la Vicaría de la Solidaridad, desde que se supo del violento secuestro de José Manuel Parada, uno de sus más antiguos y queridos trabajadores. El y el profesor Manuel Guerrero habían sido secuestrados desde las puertas del Colegio Latinoamericano, en plena calle Los Leones, poco después de las 8 de la mañana del viernes 29 de marzo de 1985.

Sería ése un largo fin de semana. Y ha sido desde entonces —cuatro años ya— una larga y frustrante espera para que los autores de ese secuestro, que terminó en crimen, sean llevados ante la justicia. La tónica del caso, como de miles de otros en los últimos años, ha sido la impunidad en que quedaron hasta ahora sus autores, pese al arduo trabajo que desplegara el ministro José Cánovas. La impunidad fue el tema central de la homía del Vicario de la Solidaridad, Monseñor Sergio Valech, en la ceremonia en que se recordó la muerte de ese querido trabajador de los derechos humanos.

La firme sospecha de que los autores del crimen formaban parte de un servicio de seguridad institucional, que significó incluso la

El 29 de marzo, trabajadores de la Vicaría y amigos de José Manuel realizaron una romería al lugar donde se encontró su cuerpo. Junto al monolito, su hijo Juan José, su compañera Estela Ortiz y el presidente del Consejo de Trabajadores de la institución, Luis Toro.



José Manuel Parada Maluenda. A cuatro años de su asesinato que permanece impune, su figura permanece viva y crece entre sus compañeros de trabajo y entre quienes luchan por los derechos humanos.



renuncia del general director de Carabineros, César Mendoza Durán, no ha logrado cristalizar hasta ahora en la individualización plena de los criminales.

La madre de José Manuel, doña María Maluenda, no pierde las esperanzas de que

el mañana democrático signifique para el caso de su hijo y de tantos otros hijos o esposos el saber la verdad. "Nadie podrá devolverme la vida de José Manuel —dijo a SOLIDARIDAD— ni rescirme de todo lo que su muerte significó, pero es

indispensable para Chile, para nuestra sociedad y para el mundo que tenemos que construir que el día de mañana se establezca la verdad. Lo contrario sería gravísimo no sólo para las familias directamente afectadas, sino porque significaría carta

blanca para los asesinos que andan por las calles: podrían hacerlo de nuevo".

UN LARGO FIN DE SEMANA

Muy largo fue ese fin de semana del 29 al 31 de marzo de 1985. Una sombra sospecha deambulaba por los pasillos de la Vicaría: muchos recordaban un grave antecedente que había tenido lugar en el mes de febrero. El día 25, desconocidos secuestraron al arquitecto Ramón Arriagada Escalante, antiguo amigo de José Manuel; durante diez días Arriagada tuvo la calidad de detenido-desaparecido. Fuertemente torturado, incluso con el método de colgamiento, en los interrogatorios apareció a menudo el nombre de José Manuel Parada.

El modo inusualmente violento que empleó el comando de secuestradores —que no trepidó en balear al profesor Leopoldo Muñoz de la Parra cuando salió en defensa de los secuestrados— dijo la tónica.

DA a la impunidad



Ministro José Cánovas Robles: puso a sus esfuerzos y su entrega para llegar a la verdad, el caso aún no se ha resuelto.

Todos los recursos humanos y materiales de la Vicaría se pusieron rápidamente en acción. Uno de sus periodistas llegó de inmediato hasta el colegio y recogió los nerviosos relatos de testigos que hablaban de un helicóptero sobrevolando el sector durante los secuestros, de automóviles con equipo de radio en el sector previamente aislado. Paralelamente se iniciaron las gestiones judiciales, intentándose establecer si se trataba de un secuestro o una detención; la experiencia de años de detenciones irregularmente llevadas a cabo no permitía en ese momento distinguir con facilidad.

LA TIMIDA SEÑORA ELENA

En medio del incesante ir y venir del personal de la Vicaría, que colaboraba nerviosamente en cuanto tarea pequeña o grande el momento demandaba, una figura pequeña y menuda, muy silenciosa, observaba el ajeteo sin sospechar que su espera tendría también un trágico desenlace. Era la señora Elena Reyes, esposa del publicista Santiago Nattino.

La señora Elena había requerido atención porque su esposo no había regresado al hogar desde el día anterior, jueves 28.

Testigos revelarán posteriormente que alrededor de las 13,45 horas Santiago Nattino caminaba por Badajoz hacia el norte y que al llegar a la esquina de Apo-



El miércoles 29, Mujeres por la Vida organizó una acción callejera en recuerdo de los caídos.

quindo fue abordado por un sujeto que venía corriendo desde la acera de enfrente. "¡Detente, policial!", gritó el sujeto, exigiéndole su identificación. Un segundo sujeto lo tomó por los brazos y lo esposó, introduciéndolo a viva fuerza a un auto Chevette color beige. El auto tomó rumbo al poniente por Apoquindo.

La figura tímida de la señora Elena apenas ocupaba espacio en la Vicaría la mañana de ese viernes. Ni la más remota sospecha de lo que vendría cruzó por su mente.

TAMBIEN LOS HERMANOS VERGARA

El sábado 30 fue un día intenso en la Vicaría, de emociones profundas y la sensación de estar al límite de la resistencia. Porque a la incertidumbre por la muerte de José Manuel y Manuel (aún el caso de Santiago Nattino no se asumía en toda su dimensión) se sumó temprano ese día el desga-

rrador dolor de una mujer que hasta hacía un tiempo había sido compañera de trabajo en la Vicaría: Luisa Toledo, miembro de una comunidad cristiana de Villa Francia sufrió por la muerte de dos de sus hijos —Eduardo y Rafael— en un presunto enfrentamiento. Los hechos habían ocurrido la tarde anterior.

Mientras a ella y su familia se les prestaba toda la asesoría jurídica, se les acompañaba en los trámites administrativos del caso y se le procuraba la compañía simplemente humana, de amigos, proseguían las intensas gestiones judiciales y extrajudiciales, oficiales y extraoficiales, buscando salvaguardar la vida de quienes seguían secuestrados. En medio de todo, los padres de José Manuel —doña María y don Roberto— visitaban La Moneda pidiendo a las autoridades esclarecer lo ocurrido, y las compañeras de ambos golpeaban las puertas del local de DICOMCAR en calle Dieciocho 263 cuando —después se supo—

los crímenes ya se habían consumado. La negativa de todos los organismos policiales y de seguridad de tenerlos detenidos aceleró las sospechas de un desenlace fatal. Pero las gestiones prosiguieron.

A alguna hora de la mañana llegó la noticia del hallazgo de tres cuerpos en el camino que va desde el aeropuerto internacional hacia Quilicura. La esperanza de que no fueran ellos se afirmaba en que los secuestrados habían sido sólo dos.

Poco después del mediodía, fuentes periodísticas entregaban más detalles, aunque sin confirmar: uno tenía barba roja, cabello escaso y llevaba una chaqueta de gamuza café. Los tres cuerpos presentaban profundos cortes en el cuello. La angustia fue haciéndose más intensa; por los pasillos de la Vicaría se hablaba en voz baja, intercambiando los confusos datos que llegaban por diversas vías.

Cuando ya oscurecía, la terrible confirmación llegó desde el Instituto Médico

Legal. Estela, la viuda de José Manuel, sostenida allí por manos amigas lograba articular: "Hace ocho años la DINA se llevó a mi padre. Hoy me matan a mi marido. Me dejan con cuatro niños: Javiera, de doce años; Camilo de once; Juan José de seis años y mi Antonio, que tiene un año ocho meses... No quiero que más gente sufra lo que yo he sufrido. Tenemos que cambiar este país de una vez por todas..."

CAMBIOS INSUFICIENTES

Desde esos tristes momentos hasta hoy —ciertos cambios importantes han ocurrido en Chile, aunque no precisamente en el terreno del respeto a la dignidad y vida humanos, ni en el de la justicia por tantos crímenes cometidos.

Después de esas, otras muertes igualmente crueles han despertado una y otra vez la capacidad de asombro de los chilenos.

Conocimos de la muerte de tantos inocentes en los tiempos de las protestas,